



Enzo Agudo. Título: Planta Autóctona, 2021, Argentina.

Carlos Jacanamijoy

No hay nada más vigente que el origen

Julián Simón Gutiérrez Ríos¹

Resumen

La apuesta del artista inga Carlos Jacanamijoy por regresar al origen del que todo emana se materializa en pinturas, como una convergencia de sensaciones en forma de luz, color y trazos. El exotismo plantea desde el prejuicio expectativas que, si no son complacidas, desembocarán en discriminación, porque desde esa posición se espera del artista la exacerbación y caricaturización de su cultura e identidad de estirpe quechua. La propuesta abstracta de Carlos Jacanamijoy apela a la universalidad, atraviesa lejanas fronteras donde el mensaje por rescatar lo atávico y lo originario resuena sin importar el abismo y la distancia de la lengua. La llegada puntual a la cima de un páramo para presenciar el amanecer, el nacimiento del día es uno más de los portales visuales que el artista ofrece al mundo humano para mostrar una senda de regreso al origen.

Palabras clave: exotismo, origen, discriminación, indígena, páramo, luz, color.

Abstract

Inga artist Carlos Jacanamijoy's commitment to return to the origin from which everything emanates materializes in paintings as a convergence of sensations in the form of light, color and strokes. Exoticism raises from prejudice expectations that, if they are not satisfied, will lead to discrimination, because from that position the artist is expected to exacerbate and caricature his culture and identity of Quechua lineage. Carlos Jacanamijoy's abstract proposal appeals to universality, crosses distant borders where his message to rescue the atavistic and the originative resonates regardless of the abyss and distance of language. The punctual arrival at the top of a paramo to witness the dawn, the birth

of the day, is one more of the visual portals that the artist offers the human world to show a path back to the origin.

Keywords: Exoticism; origin; discrimination; indigenous; paramo; light; colour.

Llegando a la cumbre de una montaña, de un páramo. En la parte inferior del cuadro cuatro frailejones de un fucsia contenido son el vestíbulo de este amanecer. Desde una medianía imprecisa del lienzo resplandece un blanco sol con cilios y flagelos amarillos que alcanzan casi todos los paralelos y meridianos de la superficie. La luz en el centro es la estrella alineada, desde su lejanía, con la cima que la pintura captura. Alguna oscuridad despeja su propio camino perforando a través del astro. Difícil ver esto si se está situado en las tierras más bajas, pero esta cumbre es el extremo casi invisible de un vertiginoso contrapicado; está fuera de la presión atmosférica, no se refracta la luz y se percibe la curvatura del globo que, sin dimensiones a esta altura, es no terrestre.

El contacto con esta obra está determinado en su inicio por la sensación de luz y color que detona dentro de los ojos de quien la ve; necesita unos ojos que la observen para poder completarse. Si uno nunca ha visto un amanecer, esta obra es un símbolo fiel a las sensaciones suscitadas al presenciar la llegada de los rayos a nuestra verde Tierra. En la parte superior derecha del rectángulo, alguna oscuridad nocturna azulada a punto de extinguirse reclama caprichosamente y de manera fútil ser parte del alba, que la sucede y engulle sus últimos suspiros. Cerca del epicentro blanco e incandescente tres rapaces rubías persiguen la asimetría de la pintura, conservando en uno de sus extremos una penumbra imperdible. La franja izquierda de la obra está petrifi-

¹ Aspirante al título profesional en filosofía de la Universidad Sergio Arboleda. Email: juliansimon666@gmail.com

cada por una estructura verde oscura, alguna transmutación inconclusa entre planta y montaña domina este flanco, en el que ya se puede ver la luz que se apoderará de toda la escena, tan solo un poco más tarde cuando termine de amanecer en la cumbre paramuna. Esta primera iluminación del día se enmarca en un escenario abundante en juegos de la luz, moscas volantes en tropel, destellos en catarata, micropsia y macropsia alternándose el protagonismo. Son impresiones propias de este momento, difíciles de apreciar incluso viviendo la experiencia, pero que Jacanamijoy ha logrado asir

en un pensamiento hecho trazo, forma y figura, sin aplazar colores. Algunas estrellas, mucho más lejanas que nuestro Inti, saludan desde el firmamento en esta pintura, acompañando tenuemente el vuelo de lo que parece un ave del paraíso moteada y con alas. En la amplia gama de sus familias, azules, verdes y salmones, dan la sensación de avanzar precipitadamente en una marcha centrífuga, abandonando la posición de penumbra colonizada en el momento por una nueva mañana (Figura 1).

Figura 1 Llegada



(Carlos Jacanamijoy, Llegada. Óleo sobre lienzo. 100 x 76 cm. 2020)

Algunas prácticas debieron haber continuado. Los frutos que ofrecieron en la cosecha son prueba incontestable de su pertinencia. Su vulnerabilidad avala su cariz saludable. Jacanamijoy siempre tuvo el arte en él, el trazo en sus manos, el color en sus sentidos, la perspectiva en su visión. Cuando empezó a estudiar artes en la Universidad Nacional su interés estaba imantado hacia la historia del arte con todos sus hitos y protagonistas, quería saber más de las personas que sentían la misma sed que él no podía saciar, pero sí aliviar

pintando. Quería llenar vacíos teóricos allí donde había abundante destreza. El desarrollo de la técnica se desarrollaba desde su experiencia y vivencia, desde el recuerdo atesorado de Santiago, Putumayo; tierra de altitud, tierra que conoce el contacto entre páramo y selva, tierra cómplice de la primera inhalación del maestro Carlos Jacanamijoy y cómplice de sus posteriores exhalaciones. La abuela, el fuego y el butaco en el que ella se sentaba a aconsejar con regaños, a hablarle en quechua al joven Carlos, seguían crepitan-

do, sosteniendo y narrando todas las luces, sombras y matices que convergen como explosiones armónicas en los lienzos del pintor.

Jacanamijoy no cultiva un halo de misterio en torno de su propio ser en tanto que artista, no exprime su origen en declaraciones desproporcionadas para conseguir unas reseca gotas de sensacionalismo o novelaría. Su propuesta es la de un ser humano tan actual como cualquiera. Su apuesta es andar la senda hacia el origen, que no es solo atávico. Es lo más vigente, es lo que ebulle, lo que mana, lo que brota; así siempre ha sido, invariable ritmo y tradición. Desde el origen todo borbotea, todo surge y parte. En esta ruta, su obra, que es abstracta, está revestida de universalidad, va atrave-

sando fronteras cabalgando la ola del color, tal como le sucedió en Asia, cuando el espectador chino le ponía de manifiesto la conexión que le despertaba su obra, no solo por su familiar fenotipo y similar entorno natural, sino también por la cercanía espiritual que emanaba ante la presencia de sus cuadros. Una hermandad más allá de las distancias, las fronteras y la banderas, sin dar beligerancia al abismo insalvable entre el quechua y el mandarín.

Porque aquello que es producción del origen puede ser matizado y divergente cuando ya está en el mundo, pero la raíz es transversal y abarcadora, y puede hallarse hasta en las más enemistadas antípodas.

Figura 2 Llegada



(Carlos Jacanamijoy, Llegada. Óleo sobre lienzo. 45 x 40. 2021)

Llegada. Un óleo sobre lienzo. Comparte su nombre con una pintura melliza, aunque nacida en el 2021. La que describimos aquí es del 2020. Su metro por 76 centímetros son dimensiones alejadas de las telas de enormes formatos, tan recurrentes en la producción de

Carlos Jacanamijoy, tan necesarios para hacerle justicia al intento finito de abarcar en un puñado de colores y trazos la inmensidad inagotable que nutre la mente y el espíritu del maestro.

El pintor obsequia al espectador un sueño de otredad, una experiencia sensitiva fuera de su propio cuerpo. Así se vive una llegada a la cumbre, justo cuando la luz ha empezado a reventar el hermetismo nocturno, desde un punto muy cercano al astro, la saliente más pronunciada y empinada de un páramo.

Estas impresiones de un paisaje abstracto no son raras en la obra de Carlos Jacanamijoy, artista inga nacido en el siglo XX que vive y produce todavía hoy, durante el primer cuarto del siglo XXI. Pocas veces en su obra se hará omisión de las sensaciones radicales que causan la luz y el movimiento en la naturaleza externa (como en su exposición de pizarras verdes intervenidas con frases alusivas a las adversidades sociales de Colombia y algunas modificaciones escultóricas elaboradas con yeso), en los pensamientos y en las dimensiones de sus bagajes, tanto el histórico como el cultural.

Jacanamijoy todo el tiempo quiere ir al origen, lo que no se equipara con retraer, o para mayor precisión, no es lo mismo que involucionar. Esta búsqueda del manantial original la emprende con el compromiso de un rescatista, es una misión de salvamento para auxiliar el ADN del espíritu humano en cuanto a sus potencialidades de universalidad y su sinapsis con lo que excede la racionalidad de la especie; escucha desde interior y esa voz la transforma en cuadro.

El maestro Jacanamijoy es un orgulloso inga. Se respeta a sí mismo y a los suyos. Sabe que tiene voz y principios propios. Él y los suyos no son seres casi humanos. Son hombres y mujeres en propiedad. Es tan evidente lo anterior que el tiempo no debería ser malgastado en esta mención. Pero la discriminación también abunda en el mundo de la creación artística, en los círculos más refinados y en las esferas más exquisitas y educadas. También la nación inga ha tenido que sortear obstáculos erigidos por el exotismo, el mismo exotismo que, de manera espectacular, Jacanamijoy desmonta una y otra vez en sus declaraciones y con su producción en sí misma. Lo inga, lo inca, lo indígena o, mejor dicho, lo originario, no deben ser ídolos de adoración extraña o tribal, no son tótems de lo profano, no son fetiches dionisiacos. El artista indígena no es un prodigio bizarro que, por su arrojo indomable, tras sobrellevar numerosas dificultades inherentes a su existencia es, por fin, creador. Al contrario, esa figura no debe ser sobredi-

mencionada a tal punto que se le condene por mediocre si no satisface injustificadas expectativas, ni tampoco desprestigiada o desacreditada por ser disidente frente a un modelo ajeno e impositivo que uniformiza, segrega y descarta; y más, cuando no logra apropiarse de lo que valora como útil o bueno. El artista indígena no es un animal antropomorfo que descifró algunas claves del lenguaje humano y ahora nos divierte con primigenios y chuscos gestos y movimientos. Reproducir y perpetuar esta perspectiva desemboca en la adopción de posiciones prejuiciosas que exaltan y consumen una obra, mientras desprecian y cancelan su origen o su autoría. Los caminos para la realización del espíritu humano son tan variados como combinaciones genéticas tiene nuestra especie y, aunque muchas veces exista un sinfín de obstáculos para que esta cornucopia de creación humana se explaye en su producción, el pulso vital, el pistón de la vida, logra hacerse escuchar desde cualquier grieta. Una brizna de sensibilidad nunca dejará agotar el soplo del verdadero espíritu humano, aquel que es verdaderamente libre.

El maestro no busca capitalizar desde la explotación de su origen. El artista participa de la conversación mundial de los seres humanos desde su posición inga. Su intento no es ser un objeto de adoración, un monumento o una excepción. Quiere hablar desde los suyos, mas no ser el ángulo más elevado de una pirámide en la que todos los que estén debajo sean despreciables, escondidos e invisibilizados, como si causaran vergüenza. Si a alguien su planteamiento parece una novedad forzada, es porque no ha podido ver más allá de lo velado. Carlos Jacanamijoy rescata lo que ha sido injustamente condenado al desprecio.

El arte, en el universo del artista, del pintor, del inga, mira hacia el futuro y ofrece nuevas metodologías de investigación, amplía el panorama y ayuda a correr las fronteras de lo que nos ha sido permitido anhelar, cada vez un poco más hacia afuera.

